

rostro moreno una expresión de beatitud conmovedora; y la actitud de sus blancas y hermosas manos elevadas al cielo, era por sí misma una plegaria patética.

De pronto arreciaron los disparos, como atraídos por aquel blanco provocativo: algunos proyectiles se clavaron en el templete y otros desportillaron las bardas; pero sor Ignacia no abandonó por eso, ni el sitio ni la actitud que había tomado. Siguió esperando. ¿Qué? Acaso la muerte; acaso ella misma no sabía lo que esperaba.

Y entretanto, hacía oración diciendo:

—¡Señor, protege tu casa, sálvala de la destrucción, aun cuando sea con sacrificio de mi vida!

Pero las balas dijeron sin duda, “no tocarémos esa frente inmaculada,” y la metralla, “no destrozaremos ese cuerpo de virgen;” pues la superiora resultó tan ilesa de la prueba, como si un ángel la hubiese cubierto con sus alas.

La persistencia de aquella figura inmóvil é invulnerable sobre la cúpula, obligó á los jefes de la plaza á tomar los catalejos y examinar cuidadosamente el objeto; y al descubrir asombrados que la figura blanca y azul que se destacaba en la altura, era la de una hermana de la Caridad, la de una protectora de los huérfanos y los pobres, interpretaron claramente lo que significaban su heroica abnegación y

su mudo ruego, y mandaron callar á los fusiles, é impusieron silencio á los cañones, y nunca más de allí en adelante, volvió á servir de blanco á los combatientes, aquel edificio erigido por el amor y resguardado por la súplica.

 IX.

El Colegio.

Concluídos los estudios primarios, pasó Berta al colegio de señoritas del Hospicio, donde recibió una educación esmerada, al lado de las más ricas y principales jóvenes de Fópoli; pues en aquel tiempo no había en toda la ciudad enseñanza como la que allí se impartía, y las familias más empingorotadas, no se desdaban de que sus hijas hiciesen sus estudios al lado de las huérfanas y expóstitas.

Pronto se echó de ver que la naturaleza había dotado á Berta de una voz excepcional, por su timbre y dulzura; por lo que, sin perjuicio de sus otros estudios, recibió lecciones de vocalización y solfeo, no sólo para que cantase en la capilla á la hora del rosario ó durante el “Mes de María,” sino también para lucir en actos públicos y prestigiar al establecimiento. Mas,

á pesar del aplauso con que iba haciendo sus estudios y de las distinciones de que era objeto, conservó siempre el carácter suave y cariñoso de la infancia, siendo ello motivo para que gozase de gran popularidad entre sus compañeras. Ella, no obstante, aunque á todas las quería y hablaba con agrado, manifestaba notoria predilección en favor de Paulina y Virginia.

Era Paulina otra joven expósita, hija también, acaso, de buena familia, pues así parecían demostrarlo su tipo y la natural distinción de su persona. Por los tiempos á que nos referimos, frisaba en los diez y seis años, y era de elevada estatura, complexión robusta, negros ojos, nariz corta, boca encendida, dentadura blanca y andar pespunteado y saleroso. Desde niña había dado muestras de humor alegre, frívolo y veleidoso, y de no ser capaz de grandes amores ni grandes odios; crecida ya, habíase hecho notar, además, por su amor al lujo y á la elegancia.

La ley de los contrastes la había hecho aproximarse á Berta, pues tanto como era ésta reposada, era aquélla impetuosa; y en todo parecían andar opuestas la una respecto de la otra, menos en tratarse y quererse. Las hermanas se maravillaban no sólo de verlas siempre juntas, sino también, y más que todo, de observar que Paulina llevase con paciencia las

amonestaciones de su amiga, y aun soñase tomarlas en consideración; siendo así que no había ocasión que las religiosas la reprendiesen ó aconsejasen, que no entrase en contradicción con ellas, ó no les respondiese con agrias alusiones y embozados sarcasmos.

Era defecto capital de Paulina, una agudísima y persistente ambición. Descontenta de su suerte, hallaba insoportable el Hospicio y odiosa la sujeción; ardía en secreta é injustificada inquina contra las religiosas, y la tela ordinaria que vestía, le parecía una ofensa para su hermosura y para los subidos quilates de sus propios merecimientos. Con toda impavidez declaraba á cuantos querían oírlo, que no veía la hora de salir de aquella cárcel, y que para quebrantarla y apartarse para siempre de las hipócritas y perversas hermanas, estaba dispuesta á casarse pronto y con quien pudiese, con tal que no fuese pobre, pues la pobreza era, en su concepto, la mayor calamidad que podía caer sobre la criatura. Reía del amor como de cosa pueril, y aseguraba que, siendo el matrimonio el único "negocio" que podían hacer las mujeres, debía pensarse mucho antes de encadenar su voluntad á la de cualquier hombre, para no ir á dar á manos de enamorados poéticos, que las tuviesen toda la vida, al estilo de los ángeles, desnudas, sin comer y cantando. Llevada de aquellos propósitos é ideas, lanzaba

miradas incendiarias al sexo feo en globo, y favorecía con especiales sonrisas á los jóvenes ó viejos que por su aspecto pulcro y cuidado, se le antojaban gente adinerada y de buena posición. Berta íbale á la mano en esto como en todo, ponderándole la inconveniencia que había en que anduviese prodigando sus favores de aquella suerte, con mengua de su buena fama, y el peligro que corría de llevarse chasco en sus interesadas suposiciones, pues así como bajo una buena capa suele ocultarse un mal bebedor, no es poco frecuente tampoco, hallar un buen bebedor bajo una mala capa.

La otra amiga de Berta, Virginia, era una huérfana en quien habían hecho no pocos estragos las viruelas, pues no sólo le habían maltratado el rostro, sino que la habían privado de la vista, dejándole en vez de ojos, una especie de globos blancos y azulados; mas ella, como no recordaba ni de lejos la sensación de la luz, vivía en la oscuridad, alegre y tranquila. Berta la quería precisamente por aquella desgracia. Le partía el corazón verla privada para siempre de las satisfacciones y alegrías que disfrutaban hasta las criaturas más miserables, y saber que nunca podría ver el cielo, ni los astros, ni las puestas ó salidas del sol, ni los hermosos paisajes, ni las florecillas del campo, ni los pajariños de pintadas plumas, que vuelan por el espacio, ó se posan graciosamente en

el follaje, y aletean, gorgean, y elevan la cabecita saludando á Dios con canoros y no imitados trinos. Y para remediar en lo posible tanta desdicha, procuraba en sus diarias y afectuosas conversaciones con ella, pintarle á su modo lo que eran esas cosas que tanto admiraba, y cuyo encanto hubiera deseado compartir con su amiga. Y tan florida era su palabra y tan pintorescos los cuadros que desplegaba ante la imaginación de Virginia, que ésta solía aplaudirla con alegres palmadas, asegurándole con alborozo, que veía ya con claridad cuanto ella describía, y que era imposible que la realidad pudiese ser más hermosa de lo que ella misma se lo figuraba. Por fortuna y como en compensación, tenía Virginia órganos acústicos de la mayor finura y perfección, por donde entraban como rayos de luz por abiertas ventanas, torrentes de sensaciones y goces inefables. De ahí nacían su afición decidida á la música y su especial disposición para comprenderla y ejecutarla, como es de rúbrica entre ciegos. ¿No se ve? Pues se oye. ¿No se descubren los objetos? Pues se percibe todo sonido, hasta la más pequeña vibración de las cosas: los ruidos lejanos, los pasos furtivos y el vuelo mismo de los insectos. ¿No se goza el espectáculo de la luz, ni la fiesta celestial de los colores, ni las gallardas líneas de los objetos? Pues se halla más poesía en la melodía y más pompa y encanto en la armonía, de la que

en ellas encuentran los que tienen sanos los ojos. Guardan las notas para los ciegos todo el secreto de su encanto, pues penetran hasta lo más hondo de su naturaleza, y, poniendo alas á su corazón y á su fantasía, los elevan á mundos arcanos de placer y de ensueño, á donde no llegan los otros mortales. Así pasaba con Virginia; era exquisita la perfección de su sentido auditivo, y por ese camino penetraban hasta su alma las sensaciones más dulces y puras. Apenas escuchaba una canción, ó el tañido de una vihuela, los acordes de la música ó el golpe de la banda militar, sentía estremecimientos indecibles, mudaba de color, perdía la conciencia de donde se hallaba, y quedaba absorta por el goce íntimo, como si estuviese oyendo en el fondo de su ser, una voz celestial que la llamase. Berta, pues, para hacerle la vida más grata y llevadera, lisonjeaba sus aficiones y le enseñaba al oído cuanto podía: trozos de ópera, romanzas y canciones; y Virginia las aprendía al instante, sin necesidad casi de que le fuesen repetidas, y las retenía tan bien y fielmente, como guarda el bronce los caracteres grabados en su dura superficie.

Pero aquella enseñanza hubiera sido incompleta, si la ciegucecita no hubiera aprendido á acompañar su propio canto con algún instrumento, pues la voz solitaria, por hermosa y acordada que sea, suena pobre y deslucida, como nota de go-

londrina rezagada en el invierno, fuera del coro de sus hermanas. Tan urgente necesidad fué remediada, por fortuna, por la simpática sor Marcelina, quien guardaba una guitarra medio vieja, y quien, como hija de la alegre Andalucía, lo mismo sabía rasguear aquel instrumento, que hacer chasquear las castañuelas ó bailar jotas y seguidillas. Es verdad que la hermana, á quien contenían en sus alegres arranques, los deberes y la compostura propios de su estado, se guardaba de dar rienda suelta á su humor bullanguero y jacarandoso; pero en la intimidad, en el grupo de las hermanas y de algunas niñas predilectas, y en ocasiones solemnes (como Navidad, Año Nuevo ó Fiesta de Reyes), solía acordarse de sus buenos tiempos, y cantar y bailar en honor del Niño Dios ó de la Santísima Virgen, versos de corte antiguo, sencillo lenguaje y mística unción.

Como decíamos, pues, tan pronto como sor Marcelina se penetró de la caritativa conveniencia de poner en manos de Virginia una vihuela, remedió la necesidad haciendo á la huérfana el obsequio de la suya, y no contenta con eso, tomó por su cuenta enseñar á la cieguita á respun-tearla con donaire, dedicando sus ratos perdidos á aquel agradable ministerio. Con meritoria paciencia y esmero, ponía la guitarra en manos de Virginia, y le llevaba sobre el mástil los dedos inexpertos para que con ellos oprimiese las cuer-

das y corriesen sobre los puntos, y le indicaba cuáles de aquellas y cuándo debían ser heridas con la diestra mano. Comenzaba sor Marcelina el ejercicio ejecutando por sí misma la pieza, y como en ello se recreaba, solía dar á las cuerdas tales rasgueos y tales golpes con las yemas de los dedos á la caja de la guitarra, que era para quitar la tristeza al espíritu más decaído, marchito y escuchimizado. Luego pasaba el instrumento á manos de Virginia y seguía la lección de palabra y tacto, que la ciegucecita sabía aprovechar bien y como en volandas. Concluída la clase, quedaba á solas la joven repasando las lecciones recibidas, y no transcurría largo rato sin que las aprendiese y llegase á saber tan bien, como si no hubiese hecho más que recordarlas. Así, á la hora menos pensada, resultó que Virginia tocase piezas y acompañamientos que había aprendido burla burlando, sin esfuerzo ni fatiga; los cuales le permitían tornar alegres y mágicos sus ratos de soledad, que no eran pocos, y antes le habían parecido tan amargos.

Nadie alcanzará á explicar lo que hay de especial y tierno en el canto de los ciegos; artista alguno, por eximio que sea, ha logrado dar á su acento, el matiz expresivo y conmovedor que tiene el de los cantantes privados del don de la vista. Su voz emocionada parece un ¡ay! dolorido, y sacude las fibras más recón-

ditas del pecho con extraña impresión, mezcla de duelo y simpatía; brota impregnada de lágrimas, es sollozo desgarrador salido de lo más hondo del alma, es queja dulce y poética lanzada al sol que nunca se ha visto, á las auroras que nunca se han admirado, á los paisajes ignotos. á las flores no contempladas, á la belleza, en fin, amada, presentida y que no se conoce. Esa melancolía de verdad, tan poética y sentida, no puede ser imitada por el artista más excelso, pues para expresarla de modo tan patético, se necesita sentirla de veras, llevarla en el alma, y llorar con el corazón la nostalgia de la luz, de la hermosura, de la inmensa creación inaccesible. Por eso, no bien eleva la voz un ciego, ya aplaudido y renombrado, ya obscuro y vagabundo, punza luego el corazón un sentimiento indecible de compasiva ternura; y no hay alma, por dura que sea, que no se sienta arrastrada al aplauso y al cariño en favor de esos seres doloridos y vibrantes. Contribuye á ese efecto la contemplación de su desdicha, fuente de simpatía hacia el hermano desgraciado; y de todas aquellas cosas, canto melodioso y explosión de los sentimientos más nobles del espíritu, se forma un conjunto de emoción, piedad y melancolía de grandeza y ternura indecibles.

Tales como esos, ó muy semejantes, eran los sentimientos que hacía surgir en

los oyentes el canto de Virginia; y como la niña era expansiva y afectuosa, y encontraba un goce infinito en la música, no se hacía rogar para tañer la vihuela y elevar la dulce voz, ya se lo pidiesen las hermanas, ya las visitas ó sus mismas compañeras. Y no pocas noches, después de concluidas las diarias distribuciones de la casa, acudían las religiosas al dormitorio de niñas distinguidas, y con ellas en inocente reunión, celebraban íntimas sesiones de música, en las que tomaban parte Berta, Virginia, sor Marcelina y otras hermanas de buen oído y rico y fresco acento.

Nada había que agradase más á Virginia que complacer á los más infelices; así que, siempre que sor Ignacia se lo permitía, se echaba á peregrinar por los departamentos de ancianos é impedidos, para ofrecerles el regalo de su exquisito y casi no aprendido canto; lo que era para aquellos desdichados como paréntesis luminoso echado en la historia triste y monótona de su existencia. Acompañaba Berta en aquellas excursiones, ofreciéndole el apoyo de su blanco y redondo brazo, como hermana solícita y cariñosa; y era un espectáculo conmovedor el que presentaba aquel par de niñas, ambas casi de la misma edad, expósitas, buenas y dulces, y tan distintas por su aspecto, pues mientras la una era encan-

tadrea, llevaba la otra en la fisonomía el sello de una triste deformidad.

Paulina, que tenía mal oído y no era ni con mucho tan compasiva como Berta, enfadábase de ver á su amiga consagrada al cuidado y servicio de la cieguacita, y solía decirle:

—¡Cómo te he de creer que prefieras la sociedad de la ciega á la de tus otras amigas!

—Porque ustedes no me necesitan como ella, respondía Berta sonriendo. ¡Si fueran ciegas, ya verían!

—¿Conque ya veríamos, si fuésemos ciegas? respondía riendo la burlona joven.

—Quiero decir, proseguía Berta, que si ustedes tuviesen esa desgracia, las preferiría también á mis otras compañeras.

—¡Pero ni por esas! replicaba Paulina; más vale ver, aunque carezcamos del don precioso de tus preferencias; pero es fuerza que no nos olvides, y que dejes un poco á Virginia para que se las arregle como pueda.

—¡Pobrecita! ¿No ves que es tan desgraciada?

—Pero, hija, seguía replicando Paulina, ¡qué remedio! ¡Hay tantos desgraciados en el mundo, que casi no hay en él más que desgraciados!... ¡Y no es posible remediar todas las desdichas!... Los redentores suelen salir crucificados.... Lo mejor es dejar á cada cual seguir su

camino: los felices, el de la felicidad; los infelices el de la desgracia.

—No opino como tú, concluía Berta. Estoy dispuesta a consolar á los que sufren siempre que pueda. Si no lo hago con todos, es porque no me lo permiten las fuerzas; pero si pudiera ¡con qué gusto lo haría!

El diálogo terminaba con un mohín de Paulina, que se encogía de hombros como diciendo: "haz lo que te parezca y con tu pan te lo comas."

No pocas veces, en el curso de la vida siempre igual de aquella casa, había sucedido que Berta se viese obligada á dar mudas, pero elocuentes lecciones de generosidad á su fogosa compañera. Los episodios habían sido, acaso, harto menudos y triviales; pero nunca destituídos de significación. Sucedió una vez, por ejemplo, que, habiendo fiesta magna en el establecimiento, un protector de los pobres y amigo de sor Ignacia, mandó una buena provisión de escogidas frutas para que fuesen repartidas entre los asilados á la hora del refectorio. Quien no haya conocido las privaciones ni la miseria, quien no sepa lo que significa tener únicamente lo necesario y carecer de algo más con que dar gusto al apetito; los que no hayan experimentado el deseo de gozar los placeres más sencillos y triviales de la vida, sin lograrlo, como estrenar unos zapatos, ó ponerse un traje nuevo, ó engu-

llir una golosina, no podrá tener idea de lo que significa para una reunión de infelices, un obsequio tan sencillo como ese. Una manzana, un albaricoque, un racimo de uvas, son, para quien puede gustarlos á cualquiera hora, manjares comunes y al uso; mas para aquellos que no tienen un ochavo con que comprarlos, y han pasado largo tiempo soñando con ellos, como con las fantasmagorías de un cuento oriental, son algo semejante á la ambrosía de los dioses. Ni Eva ni Adán en el Paraíso, regalándose con el fruto del árbol prohibido, hallaron mayor delicia tal vez en el hartazgo pecaminoso, que el que encuentran los paladares ávidos, cuando pueden proporcionarse esos sencillos placeres.

La vez á que hacemos referencia, fué, pues, un día de gran fiesta para los asilados, porque, al sentarse á la mesa, vieron sobre los blancos manteles, rojas, redondas y perfumadas naranjas, melocotones blancos, afelpados y carmesíes, y plátanos de cáscara color de rosa, gran tamaño y gratisimo perfume. De buena gana hubieran comenzado la sesión invirtiendo el orden establecido, y atacando la minuta de la comida por los postres; pero como había quien los vigilase, no se atrevieron á tocar las golosinas antes de tiempo. Con esto, hubo pobres que no comieron ó apenas probaron bocado, dominados por la impaciencia.

Berta, Virginia y Paulina sentábanse á la misma mesa, ocupando la ciegucecita un sitio entre las otras dos jóvenes; y mientras duraba la colación, cuidaba Berta de que nada faltase á Virginia, le trinchaba las viandas, y aun solía ponerle los bocados en la boca. Paulina, sana y de buen apetito, se preocupaba solamente por su persona, y comía de firme, dejando limpios los platos en un santiamén. Aquel día, pues, al sentarse á la mesa, echó ojos codiciosos á la fruta que tenía delante, y como era golosa y de gran apetito, halló muy dilatado el tiempo que debía mediar desde la sopa hasta las judías, y arrostrando con la reprobación de las hermanas, á quienes no temía, echó mano sin más preámbulo, á aquellas exquisiteces, y las devoró en un decir Jesús, como aperitivo, antes de la sopa. Por fortuna no echaron de ver tan enorme infracción las celadoras que paseaban por el refectorio. Virginia, por su parte, como disciplinada y obediente que era, se había abstenido de tocar la fruta antes de la hora designada; pero tan pronto como fué tiempo, alargó la mano para cogerla, y no habiéndola hallado, aunque palpó el mantel en todas direcciones, exclamó con tristada:

—¡Mi fruta! ¿qué se ha hecho? Berta ¿me haces el favor de decirme dónde está?

Berta se había distraído observando la

alegría y algazara que reinaban por el refectorio; pero al oír la pregunta, volvió los ojos á su compañera y observó que delante de su plato había desaparecido todo rastro de aquel regalo; y como recordó al mismo tiempo, haber visto á Paulina despachar prontamente su parte, no bien sentada á la mesa, y ahora la miraba deleitarse opíparamente con una segunda ración, se dió cuenta del caso, y comprendió que se había apoderado de la parte de Virginia, burlándose de su ceguera. No obstante, absteniéndose de delatar á Paulina, se limitó á contestar:

—Aquí está, Virgen (así llamaba por cariño á la ciegucecita), aquí está tu fruta. Y le puso en las manos su propia ración con la mayor naturalidad.

Paulina lo notó, y al volver la vista á Berta, se encontraron sus ojos. Quiso protestar, discutir ó irritarse; pero tuvo vergüenza de alzar la voz, de que se supiese lo que había pasado, y, sobre todo, de que se enterase de ello Virginia. Así que, poniéndose roja como la grana, no hizo más que bajar la vista, humillada ante la bondad de su amiga.